

Cooperar para triunfar

David Duran Gisbert*

Los pesaos atacan de nuevo. Esta vez Andoni, el profesor de Lengua y Literatura, les ha dicho que van a aprender los movimientos literarios del siglo XIX. Además, los ha retado a que identifiquen cuatro textos con el movimiento literario al que pertenecen y razonen sus respuestas. Tendrán una nota única de equipo y, para colmo, contarán sólo con cuatro sesiones para hacerlo.

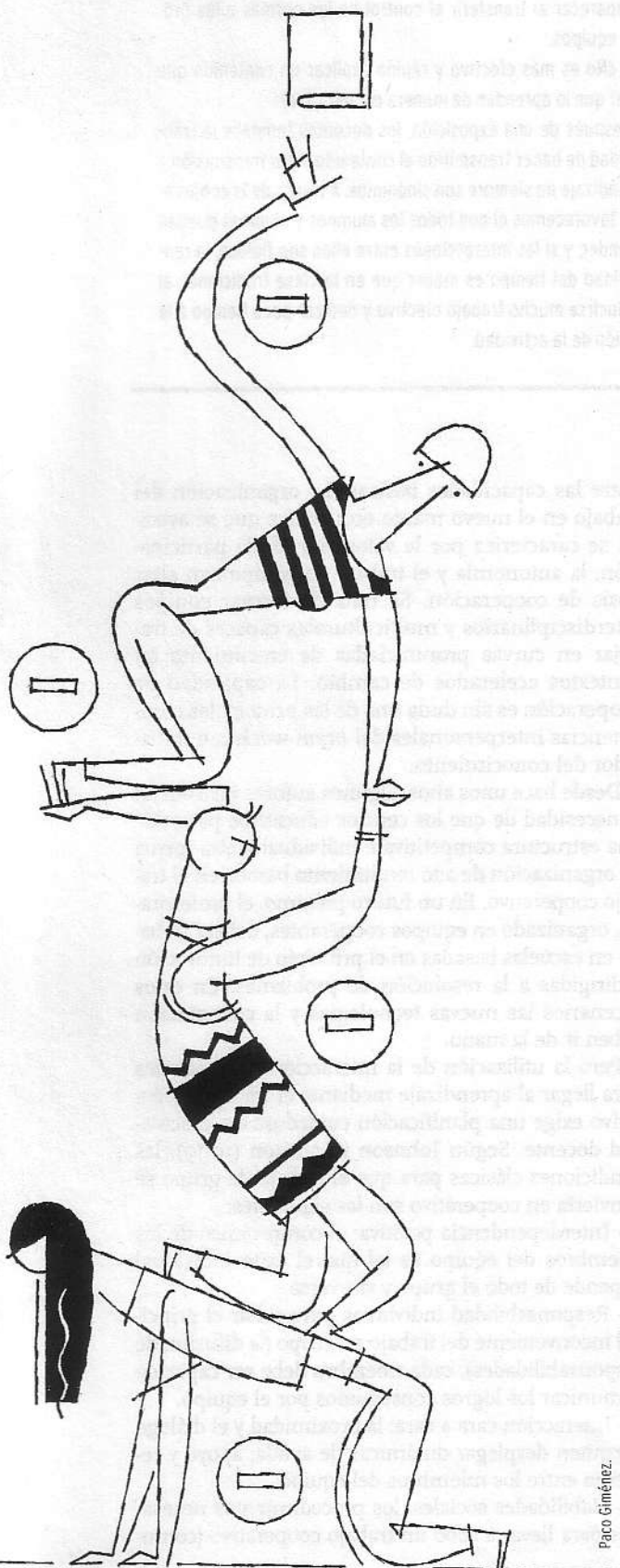
Antes de que Jordi exprese su agobio, Andoni les propone trabajar de forma cooperativa utilizando el método del puzzle. Cada uno de los cuatro miembros del equipo trabajará durante dos sesiones de clase las características de un movimiento literario concreto junto con otros compañeros. De esta manera, cada componente del equipo se convertirá, por decirlo así, en un "experto" en un movimiento literario determinado. Sara parece satisfecha de que le haya tocado el romanticismo. Abdul trabajará en el grupo de expertos en naturalismo. Ese equipo es el que recibe más ayuda de Andoni y, a diferencia de los demás, utiliza para su estudio muchas más láminas que textos. Cuando en la tercera sesión de trabajo se reúne de nuevo el equipo de los pesaos, cada uno de ellos especializado ya en un movimiento, Andoni apoya la explicación de Abdul, a quien todos escuchan atentamente, porque saben que su aportación resultará imprescindible para el éxito del equipo.

La cooperación consiste en trabajar juntos para alcanzar objetivos comunes (véase por ejemplo la reciente publicación en castellano *El aprendizaje cooperativo en el aula*, de Johnson, Johnson y Holubec, 1999). Los actos de cooperación son comunes e inherentes a la condición social del ser humano. E incluso podríamos afirmar —y volveremos más tarde sobre ello— que los logros o triunfos de la humanidad se deben en parte al trabajo cooperativo. Una simple reflexión sobre los actos realizados por el lector en el día de hoy nos permitirá descubrir el grado de importancia que tiene esta capacidad en nuestra vida cotidiana.

Incluso si analizamos detalladamente los éxitos que, aparentemente, poseen un carácter más individual, nos daremos cuenta de que en su mayoría son fruto también de la cooperación: el pichichi de la liga dejaría de serlo si compartiera la camiseta con los redactores de este monográfico; quizá no llegara ni a divertido oír a los tres tenores interpretar una ópera escrita por ellos mismos acompañados por mi grupo de rock preferido; y sólo con observar la cantidad de personas que se mueven de manera frenética alrededor del coche de fórmula 1 que entra en boxes durante una carrera, nos daremos cuenta enseguida de que incluso en la alta competición el éxito es fruto del trabajo cooperativo.

Pero, a pesar de ello, la escuela tradicional se ha articulado de espaldas a este espíritu de cooperación. De las tres estructuras de trabajo (la individual, la competitiva y la cooperativa), la escuela ha hecho uso únicamente de las dos primeras, admitiendo incluso sus efectos perniciosos, y ha ignorado la última, a pesar de que no se le conocen efectos negativos.

En el aula tradicional las interacciones entre el



Paco Giménez.

Algunas dudas frecuentes

• **¿Qué sentido tiene enseñar a cooperar en una sociedad competitiva?**

La sociedad no sólo es competitiva, y a menudo el hecho de serlo implica también la capacidad de trabajar en equipo. Los grupos más competitivos en el mundo laboral, científico o deportivo lo son gracias a la cooperación existente entre los individuos que lo componen.

• Si a los alumnos más competentes siempre les toca ayudar, ¿no dejarán ellos finalmente de aprender?

El hecho de ser más competente que los demás es algo que suele variar. Un alumno no es más capaz que el resto de sus compañeros en todas las tareas. Pero incluso en las situaciones más extremas –un alumno que tutoriza a otro– el compañero tutor aprende a dominar más profundamente los contenidos, además de desarrollar habilidades comunicativas, su propia autoestima y diferentes mecanismos para la resolución de conflictos.

• Si los alumnos y alumnas han de interactuar entre ellos (hablar, discutir...), ¿no aparecerán problemas de disciplina?

En el aprendizaje cooperativo el papel del profesor se modifica, y una de sus funciones principales consiste en mantener el clima de trabajo. Los problemas de disciplina tienden a desaparecer al transferir el control de las normas a los propios equipos.

• ¿No es más efectivo y rápido explicar un contenido que hacer que lo aprendan de manera cooperativa?

Después de una exposición, los docentes tenemos la tranquilidad de haber transmitido el contenido. Pero transmisión y aprendizaje no siempre son sinónimos. A través de la cooperación favorecemos el que todos los alumnos y alumnas puedan aprender, y si las interacciones entre ellos son fluidas, la rentabilidad del tiempo es mayor que en la clase tradicional, al producirse mucho trabajo efectivo y dedicar poco tiempo a la gestión de la actividad.

alumnado son contempladas como algo que perturba el orden de la clase, algo que debería si no eliminarse, al menos limitarse. El riquísimo potencial que poseen estas interacciones, auténtico motor del aprendizaje entre iguales, ha sido durante generaciones suplantado por la rutinaria dinámica caracterizada por un profesor con un montón de alumnos que establecen una interacción forzosamente superficial y poco adaptada a sus necesidades. La famosa y contundente apostilla “no hablaré en clase” sintetiza bien el modelo del que provenimos.

La adopción de la concepción constructivista de la enseñanza y el aprendizaje recupera la importancia educativa de las interacciones entre el alumnado. El constructivismo, al sostener que el alumno construye su propio conocimiento a partir de un proceso interactivo en el que el papel del profesor es el de simple mediador entre el estudiante y los contenidos, ofrece la posibilidad de que en determinadas circunstancias los alumnos y alumnas puedan desempeñar también este papel y aprender unos de otros. La interacción les conduce hacia el conflicto sociocognitivo del que nos hablaba Piaget, y les brinda la posibilidad de ayudarse dentro de la zona de desarrollo próximo postulada por Vygotsky.

Para la escuela, el trabajo cooperativo no es sólo un motor para el aprendizaje significativo, si no que se ha observado también que constituye una potente estrategia instruccional para la atención a la diversidad. Se trata de una metodología que saca provecho de las diferencias existentes entre el alumnado con el fin de que cada uno de ellos aprenda de los demás y se sienta responsable tanto de su propio aprendizaje como del de sus compañeros.

En un futuro inmediato, en el seno de la sociedad del conocimiento, la sustitución del concepto de “calificación” por el de “competencia” (como señala ya la Comisión de la UNESCO sobre Educación para el Siglo XXI) nos permite situar la cooperación

entre las capacidades básicas. La organización del trabajo en el nuevo marco económico que se avecina se caracteriza por la valoración de la participación, la autonomía y el trabajo en equipo con altas dosis de cooperación. Se trata de formar equipos interdisciplinarios y multiculturales capaces de trabajar en curvas pronunciadas de crecimiento en contextos acelerados de cambio. La capacidad de cooperación es sin duda una de las principales competencias interpersonales del *brain worker*, o trabajador del conocimiento.

Desde hace unos años, algunos autores insisten en la necesidad de que los centros educativos pasen de una estructura competitiva e individual a otra forma de organización de alto rendimiento basada en el trabajo cooperativo. En un futuro próximo, el profesorado, organizado en equipos cooperantes, deberá trabajar en escuelas basadas en el principio de innovación y dirigidas a la resolución de problemas. En estos escenarios las nuevas tecnologías y la cooperación deben ir de la mano.

Pero la utilización de la interacción entre iguales para llegar al aprendizaje mediante el trabajo cooperativo exige una planificación cuidadosa de la actividad docente. Según Johnson y Johnson (1999), las condiciones clásicas para que el trabajo de grupo se convierta en cooperativo son las siguientes:

- Interdependencia positiva: el compromiso de los miembros del equipo es tal que el éxito individual depende de todo el grupo y viceversa.

- Responsabilidad individual: para evitar el principal inconveniente del trabajo en grupo (la difusión de responsabilidades), cada miembro debe ser capaz de comunicar los logros conseguidos por el equipo.

- Interacción cara a cara: la proximidad y el diálogo permiten desplegar dinámicas de ayuda, apoyo y refuerzo entre los miembros del equipo.

- Habilidades sociales: los procedimientos necesarios para llevar a cabo un trabajo cooperativo (comu-

TEMA DEL MES

nicación apropiada, resolución constructiva de conflictos, participación, adopción de la perspectiva del otro...) deben ser enseñados deliberadamente.

- Evaluación grupal: los miembros del equipo reflexionan conjuntamente sobre el proceso de trabajo y toman decisiones de ajuste y mejora del mismo.

Como indican Johnson, Johnson y Holubec (1999), "una de las cosas que nos han advertido muchos docentes experimentados en el empleo del aprendizaje cooperativo es: 'No digan que es fácil. Sabemos que no lo es. Pero vale la pena'".

La voluntad de llevar la cooperación a las aulas ha generado el diseño y la aplicación de multitud de métodos (puzzles, trabajo de investigación, tutoría entre iguales...) que a pesar de compartir en mayor o menor grado las características apuntadas, plantean un abanico diverso e incluso difícil de ordenar. Pero, a su vez, se necesita contar con un muestrario suficientemente rico de recursos para que cada docente, tal como sugiere Echeita (1995), lejos de buscar el método cooperativo por excelencia, elija aquel que en

cada momento, con cada actividad y grupo de alumnos en concreto potencie más y mejor los factores comentados anteriormente.

Para saber más

Echeita, G. (1995): "El aprendizaje cooperativo. Un análisis psicosocial de sus ventajas respecto a otras estructuras de aprendizaje", en Fernández, P., y Melero, M.A. (comps.): *La interacción social en contextos educativos*, Madrid: Siglo XXI.

Johnson, D.; Johnson, R., y Holubec, E. (1999): *El aprendizaje cooperativo en el aula*, Barcelona: Paidós.

Monereo, C., y Durán, D. (en prensa): *Entramadas. Métodos de aprendizaje cooperativo y colaborativo*, Barcelona: Edebé.

* David Duran Gisbert es profesor asociado del Departamento de Psicología de la Educación de la Universitat Autònoma de Barcelona.